

40 años después



CUBA '68

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Es muy probable que para las cronologías de la historia de Cuba 1968 resulte un año más del período revolucionario iniciado tras el derrumbe de la dictadura de Batista. En verdad no fue un año de trascendental significación política, como sí lo fueron, por ejemplo, 1902, 1933 y 1959. Sin embargo, en el transcurso de 1968 ocurrieron en nuestro país acontecimientos hoy casi olvidados que tuvieron notables consecuencias en el sistema económico, político, social y cultural. Desde una distancia de cuatro décadas vale la pena repasar lo ocurrido entonces.

En 1968 la Revolución Cubana cumplía diez años en el poder; su estructura se había fortalecido, no contaba con una oposición interna capaz de hacerla peligrar y continuaba su enfrentamiento con el gobierno norteamericano. A nivel internacional respaldaba todos los movimientos revolucionarios y, en particular, a las guerrillas latinoamericanas y a la República Popular Democrática de Viet Nam, agredida por Estados Unidos. Unos meses atrás ha-

bía caído en Bolivia el comandante Che Guevara y el país vivía una gran efervescencia revolucionaria, que se veía reforzada por la celebración entonces del centenario del Grito de La Demajagua y del inicio de nuestras gestas independentistas. “Cien años de lucha” era uno de los lemas principales y al calor de aquel entusiasmo se efectuó en La Habana en el mes de enero el Congreso Cultural, que contó con la participación de importantes intelectuales extranjeros –Julio Cortázar, Max Aub, Mario Benedetti, Aimée Cesaire, K. S. Karol, Jorge Enrique Adoum– y cubanos– Alejo Carpentier, Fernández Retamar, Juan Marinello, Carlos Franqui, César Leante. En su declaración final se hizo hincapié en el enfrentamiento al imperialismo norteamericano y de un modo muy significativo no se hizo alusión al campo socialista, ni a la Unión Soviética, ni al marxismo-leninismo.

Por aquel tiempo resultaba notorio que el gobierno cubano desarrollaba una política interna y externa que se desmarcaba de la línea ortodoxa que tenía su punto de partida en Moscú. Así

lo demostraban algunos hechos concretos: el apoyo a la vía armada, y no a la movilización ideológica de los partidos comunistas, para alcanzar el poder revolucionario en Latinoamérica, el rechazo a firmar en la ONU el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, presentado por la Unión Soviética y los Estados Unidos, al considerarse que no representaba el deseo de emancipación de los países del Tercer Mundo, y la negativa a enviar una delegación a la reunión de Partidos Comunistas celebrada en Budapest en el mes de marzo. A estas decisiones vino a sumarse el proceso de la llamada Microfracción, contra el viejo dirigente comunista Aníbal Escalante y otros más, quienes desde posiciones apegadas a los postulados marxistas y a la ortodoxia soviética consideraban desacertada y aventurera la conducción del país. No dejaba lugar a dudas que en el concierto de los países socialistas resultaban atípicas las acciones de Cuba, aunque al ocurrir en el mes de agosto la invasión a Checoslovaquia por parte de las tropas del Pacto de Varsovia el gobier-

no cubano respaldara esta ocupación por considerar que evitaba que ese país cayese en manos del imperialismo, pronunciamiento interpretado por algunos analistas como una modificación de la política de La Habana.

Al margen de aquella alineación, las autoridades cubanas seguían un camino diferente, como lo demostró la Ofensiva Revolucionaria, expuesta en un discurso pronunciado por el primer ministro Fidel Castro el 13 de marzo. De un modo tajante se decidió la intervención inmediata en el país de todo comercio, pequeña empresa o negocio que aún estaba en manos de particulares. De un plumazo pasaron al poder del Estado bares, florerías, fondas, garajes, bodegas, puestos de fritas, guaraperas, talleres de imprenta, quincallas y timbiriches que contaban con un dueño, el cual fue sustituido por un administrador designado por las autoridades. Así el Estado pasó a ser propietario de todo centro de producción, grande o pequeño, y al abolir la condición de trabajador por cuenta propia se convirtió en el único empleador.

Aquella radical medida era considerada un paso ineludible para cancelar desigualdades sociales, consolidar el poder económico estatal y encauzar el mayor número de fuerzas en recursos y en mano de obra hacia los grandes planes que se habían trazado en la agricultura. Alrededor de la capital ya funcionaba el Cordón de La Habana, que se extendía por las localidades del Wajay, El Cano y más allá del Cotorro y La Lisa, contaba con un Vivero Gigante de Café y requería de numerosos trabajadores. 150 millones de posturas de café caturra en bolsas de polietileno serían sembradas de modo intercalado entre 5 millones de árboles frutales, maderables y ornamentales, que servirían de cortinas rompevientos. “Nos vamos a convertir en una potencia cafetalera”, se afirmaba, y la siembra incluía también gandul, frijol de alto valor nutritivo, según se afirmaba.

Cada día marchaban grandes contingentes de trabajadores de la capital a brindar su aporte al Cordón de La Habana, que llegó a tener incluso una emisora de radio y un boletín informativo.

Las mujeres se adentraban en los surcos tripulando pequeños tractores marca Piccolino, los más fuertes acarreamos los troncos y los ancianos llenaban de tierra las bolsas de polietileno. En la extensa provincia de Camagüey operaba la Columna Juvenil de Centenario, con jóvenes de todo el país entregados principalmente a las labores de la caña de azúcar, y desde Oriente avanzaba la Brigada Invasora Che Guevara, desmontando bosques, talando grandes árboles y desbrozando grandes extensiones de tierra para convertirlas en cooperativas, sembrar arroz y construir carreteras. Dentro de los planes económicos del país ya se incluía la realización en 1970 de una zafra gigante de diez millones de toneladas de azúcar.

El optimismo ante un futuro de abundancia y muy cercano se hacía contagioso y superaba las dudas que pudieran surgir. Todo aquel sacrificio era necesario para salir por fin del subdesarrollo y justificaba, por ejemplo, que con la Ofensiva Revolucionaria hubieran sido cerrados todos los bares y cabarets y se hubiera impuesto una especie de Ley Seca, que hubiese sido suprimida la Lotería Nacional, esa vieja esperanza del pobre, cuyo funcionamiento hasta entonces había estado a

cargo del Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda. Los hombres que ocupaban un puesto laboral de escaso esfuerzo físico le cedían la plaza a las mujeres y marchaban a la agricultura y como respuesta a un llamamiento de los Comités de Defensa de la Revolución no pocos donaron al Estado numerosos objetos y monedas de plata. El Diario del Che en Bolivia, impreso en grandes cantidades y distribuido gratuitamente, venía a confirmar la necesidad de cualquier sacrificio en la lucha revolucionaria.

El estímulo moral se antepone al material, se aspiraba a igualar pronto todos los salarios, independientemente de la labor que cada trabajador desempeñara, y más adelante ya desaparecería por completo el dinero, culpable de las diferencias clasistas, los privilegios, la avaricia y la explotación de los seres humanos. Así parecía anunciarlo algunas gratuidades establecidas como los entierros, los teléfonos públicos y los materiales de construcción que se le entregaban a los propietarios de las viviendas para los arreglos menores. La nueva sociedad parecía estar ya muy cerca y ante su proximidad el poeta Cintio Vitier, quien había transitado, según su propia confesión, “de la conciencia de la poesía a la poesía de la conciencia”.





cia”, clamaba en uno de los poemas de su libro Testimonios 1953-1968:

No hagamos otro mundo de mentiras.
Vamos a hacer un mundo de verdad, con la verdad partida como un pan terrible para todos.
Es lo que yo siento que cada día me exige, implacablemente, la Revolución.
 (“No me pidas”)

El Hombre Nuevo se formaba en las sabanas de Camagüey, en los talleres y en las nuevas edificaciones, en la Escuela de Camilitos, en la combinación de estudio, trabajo y fusil. Ya el director del diario Juventud Rebelde, Félix Sautié, había dado a conocer en el Congreso Cultural de La Habana la ponencia “El hombre nuevo”, que tenía por lema: “Todos trabajadores, todos estudiantes, todos soldados”. Según los planes del gobierno, Isla de Pinos sería “el primer territorio comunista de Cuba”.

Con el fin de consolidar el proceso de enseñanza y hacerlo uniforme en todo el territorio nacional, en el curso escolar iniciado en septiembre se inau-

guraron las clases por televisión en los niveles de secundaria y preuniversitario y fueron instalados diez mil televisores en un total de cinco mil aulas. El Plan de la Escuela al Campo se hacía general para dichos niveles; pero ya se anunciaba que dentro de pocos años se implantaría el Plan de la Escuela en el Campo. Ese era el camino correcto para la formación de la juventud: el trabajo social, la lucha revolucionaria, el marxismo-leninismo, el ateísmo científico, el sacrificio en aras de alcanzar una sociedad sin clases... Para evitar cualquier contagio con las deyecciones provenientes del mundo capitalista, en fase terminal de descomposición, según se creía entonces, nada de canciones en inglés –idioma del enemigo– ni música de Los Beatles, nada de modas, revistas o paquetes postales procedentes de Estados Unidos. Se combatía a los bitongos y a los penetrados o diversionistas ideológicos y se recogía a los extravagantes, “enfermitos” y melindados, de pantalones ceñidos, que paseaban por La Rampa y por Coppelia. Los tambores de Pello el Afrokán y los metales de Pacho Alonso y sus Pachus resonaban en la radio. Sobredosis

de mozambique y ritmo pilón. Como un río en el desierto, cobró auge entonces un grupito de trovadores –Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Noel Nicola– que integraron el Movimiento de la Canción Protesta hasta que sus aguas fueron represadas en el Movimiento de la Nueva Trova.

No deja de resultar muy llamativo, como ya apuntó lúcidamente Antonio Benítez Rojo en su ensayo *La isla que se repite* (Barcelona, 1998), que en aquella circunstancia nacional marcada por un moralismo extremo, la supresión de venta de bebidas alcohólicas y la exigencia de abandonar las comodidades y los placeres para entregarse al trabajo, Nicolás Guillén, Poeta Nacional y viejo militante comunista, publicara no en Cuba, sino en la revista mexicana *El Corno Emplumado*, su poema “Digo que no soy un hombre puro”, en el cual reafirmaba su predilección por la buena mesa, el sexo y el “ron y cerveza y aguardiente y vino”. En realidad, era este un inesperado canto de desobediencia.

A pesar de aquellas arbitrarias restricciones, que caían incluso en el plano de la vida íntima de los individuos, el ámbito cultural cubano daba muestras entonces de una notable vitalidad. En aquel año fueron filmadas tres obras fundamentales en la historia de nuestra cinematografía: *Memorias del subdesarrollo*, de Tomás Gutiérrez Alea, Lucía, de Humberto Solás, y *Coffea Arábigo*, de Nicolás Guillén Landrián. En los cines se exhibieron algunos filmes valiosos como el norteamericano *Campanadas a medianoche*, de Orson Welles, el soviético *Fascismo corriente*, de Mijail Room, y el francés *El samurai*, con la actuación de Alain Delon. También se presentaron en el Teatro García Lorca, de modo independiente, el Ballet del Siglo XX, del afamado coreógrafo francés Maurice Bejart, y la bailarina rusa Maya Plisetskaya, en una inolvidable función de *Carmen*, de Alberto Alonso. En cuanto a las artes plásticas, se inauguró con gran éxito el Salón de la UNEAC y, en la Casa de las Américas, se abrió la Exposición de Grabados de La Habana, concurso de carácter hispanoamericano en el que

tomaron parte centenares de artistas.

En enero de 1968 fue inaugurada en la Biblioteca Nacional la Sala Martí, con el fin de preservar y poner a la disposición de los investigadores la bibliografía activa y pasiva del Apóstol; mas también debemos anotar que en aquellos días desapareció el Lyceum y Lawn Tennis Club, institución feminista que durante cuatro décadas había desarrollado una loable labor cultural y social. Bajo el control del Estado se encontraban ya por aquellos días casi todas las instituciones culturales y sólo sobrevivían sin esa dependencia el Ateneo de La Habana y la Academia Cubana de la Lengua, en ambos casos gracias a la perseverancia de José María Chacón y Calvo.

Las letras cubanas se enriquecieron aquel año con la publicación, entre otros títulos, del poemario de Eliseo Diego Muestrario del mundo o Libro de las maravillas de Boloña y la autobiografía de Marcelo Pogolotti Del barro y las voces, así como con varias obras galardonadas en los tres más importantes concursos literarios que por entonces se convocaban: el Casa de las Américas, el UNEAC y el David. En el primero de ellos fueron premiados el libro de cuentos de Norberto Fuentes *Condenados de Condado* y la pieza teatral de Virgilio Piñera *Dos viejos pánicos*. En el Concurso UNEAC obtuvieron los premios de poesía y de teatro, respectivamente, Heberto Padilla con *Fuera del juego* y Antón Arrufat con *Los siete contra Tebas*. Y en el Concurso David, dirigido a dar a conocer a los escritores noveles, recibieron el máximo galardón el cuaderno de cuentos de Eduardo Heras León *La guerra tuvo seis nombres* y el poemario de Delfín Prats *Lenguaje de mudos*.

No obstante la innegable calidad literaria de estos títulos, todos ellos fueron en mayor o menor medida tachados desde el punto de vista ideológico por no corresponderse con los postulados de la literatura revolucionaria que se exigía. A partir de criterios esquemáticos y de una visión politizada en extremo, los cuentos de Norberto Fuentes y de Heras León fueron acusados de demeritar a los héroes revolucionarios.

A la obra de Piñera, el más importante autor teatral cubano, se le criticó su inclinación hacia el absurdo y la injustificada alienación de sus personajes, algo incompatible con el optimismo existente en la construcción de una nueva sociedad. Los libros de Padilla y de Arrufat vieron la luz con una Declaración de la UNEAC en la cual se hacía saber que eran “ideológicamente contrarios a nuestra Revolución”. Peor suerte corrió *Lenguaje de mudos*. La edición fue destruida y sólo unos pocos ejemplares se salvaron. En su caso, según se supone, tal decisión fue provocada por la orientación homosexual de algunos versos del libro.

En aquellos días había cobrado fuerza en el panorama cultural e ideológico una corriente extremista dispuesta a marginar toda manifestación artística que no se identificase de un modo evidente con los postulados del gobierno revolucionario. Uno de los principales abanderados de aquella tendencia era un autor que, oculto tras el seudónimo de Leopoldo Ávila, desde las páginas del órgano de las Fuerzas Armadas Revolucionarias *Verde Olivo* descalificaba políticamente a Padilla, Arrufat, Piñera y otros autores. En el artículo titulado “Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba”, que vio la luz en dicha revista y fue reproducido de inmediato en *Bohemia* y en *El Mundo*, pedía Leopoldo Ávila: Debemos “limpiar nuestra cultura de contrarrevolucionarios, extravagantes y reblandecidos. Miremos las cosas desde el punto de vista de la Revolución...”¹. El dogmatismo, como un cáncer muy agresivo, se ramificaba aún más en la sociedad cubana.

Sin embargo, no eran muchos los que se percataban del daño real y de las futuras consecuencias de aquel extremismo. El entusiasmo revolucionario prestaba más atención a cada nuevo discurso, a cada nueva promesa y a las noticias de los órganos de divulgación, cada vez más alentadoras. La electricidad y las carreteras llegaban a poblados intrincados. Nuevas comunidades, como la de Valle Grande, eran inauguradas. Y hasta habían sido descubiertos algunos pozos de petróleo en

la zona de Guanabo. Poco importaban las energías derrochadas sin descanso. No tenía mucha significación que los carnavales fuesen postergados y que las fiestas navideñas y de fin de año hubiesen transcurrido esta vez, a diferencia de otras ocasiones, sin mucho calor familiar y animación. Alguno lo lamentó, claro está, como el poeta Lezama Lima, quien en carta a su hermana Eloísa, en Puerto Rico, le escribió, no sin tristeza: “Aquí no hubo Nochebuena ni Pascuas, pasó ese día por debajo de la mesa, cuando estábamos acostumbrados a ver en la mesa tantas cosas agradables, tiernas, inolvidables”². Pero Lezama Lima, casi enclaustrado en su casa de la calle Trocadero, era un poeta de ayer.

Nuevos aires parecían recorrer la Isla y levantarla. Al fin los cien años de lucha comenzaban a dar su espléndido fruto. 1968 llegaba a su fin y con renovado optimismo nos adentraríamos en el futuro, que ya era nuestro. Hasta los más escépticos tendrían que reconocer que aquel había sido un año de conquistas indudables. 1968 terminaba y allá en la intrincada localidad villareña de Paradero de Camarones daba sus primeros pasos Camilo Venegas Yero, quien casi tres décadas después publicaría en *La Gaceta de Cuba* el memorable poema “Pequeño inventario de cosas que nunca existieron”, al cual pertenecen estos versos finales:

Aquel país que alguien pasó
metiendo,
aquella Isla que nos hizo abrir los
brazos
y dejarnos en las manos el ascen-
so de sus playas,
el fervor de sus árboles al medio-
día;
para después írsenos como la are-
na, entre los dedos.³



Notas

1- Ávila, Leopoldo “Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba”. En *Bohemia*. Año 60 Nro. 48. La Habana, 29 de noviembre de 1968. p. 67.

2- Lezama Lima, José *Cartas a Eloísa y otra correspondencia*. Madrid, Editorial Verbum, 1998. p. 141

3- Venegas Yero, Camilo “Pequeño inventario de cosas que nunca existieron”. *La Gaceta de Cuba* Año 36 Nro. 1. La Habana, enero-febrero de 1998. p. 51.